

propiedad. Así favorezco á sus vecinos, que ganarán con el cambio de dueño.

—¡Gracias, señor, y que Dios bendiga á V. M!

Al saber estos acontecimientos el anciano cura, decia:

—Es la justicia del cielo, que siempre abate al iracundo y soberbio, y ensalza al que es humilde y paciente.

JUANILLO EL FILÓSOFO.

I

—Este Juanillo es el hombre más goloso que he conocido.

—Como que toda su vida la pasa en comilitonas y francachelas.

—Y es lástima, porque el rapaz promete, por su talento y sus prendas; y al paso que va, no aprovechará gran cosa en los estudios.

—Él dice que pertenece á esa secta de los *picuros*, cuyo objeto es sólo comer, beber y gozar.

—Buenos trabajos esperan con el nene á sus pobres padres, que están creídos en que su hijo va á salir hecho un sabio de la Universidad.

Esta conversacion la tenian dos comadres del barrio en que habitaba y era muy conocido el tal Juanillo, á quien llamaban el filósofo por sus raras ideas, por su despreocupacion, ó quizá porque, en efecto, era estudiante de filosofía.

Sus padres, honrados campesinos, habíanle enviado á la capital para que hiciera sus estudios; él, por su natural despejo y buenas disposiciones, adelantó pronto en ellos; pero al cabo de algun tiempo, y llena la cabeza de ciertas ideas producidas por su precocidad ó por las doctrinas estudiadas, empezó á ver con la mayor negligencia las labores estudiantiles, y á vivir á sus anchas.

—Me he llegado á convencer—decíase en sus solitarias meditaciones—que este mundo es el de las ficciones, y no reside en él la verdad sino por excepcion; todos son espejismos que se convierten en nada, como la burbuja de jabon donde se pintan los mentidos colores del iris. Lo mismo que en lo material es en lo abstracto: la gloria, los honores, son humo; el amor fiebre pasajera de los sentidos; la ciencia, relativa, por, que aun no sabemos á punto fijo descubrir muchos misterios de la Naturaleza. Sentado esto, ¿de qué sirve calentarse la cabeza y estudiar? Lo real, aunque fugaz, es lo que palpan los sentidos. Así pues, comamos y bebamos.

Y comiendo y bebiendo, volvióse Juanillo el más desenfrenado goloso.

Repetidas veces sucedia que en el aula, en vez de hojear el libro, entreteníase en saborear una lonja de tocino ó un sabroso mazapan; y no faltó ocasion que, estando en clase, y al preguntarle el profesor de historia: “¿dónde fué la más famosa batalla de César?” respondiese: “en Westfalia,” recordando un rico jamon que

iba á comer á mediodia; ó que interpelado para que dijese de dónde procedieron los hunnos, contestase muy formal: “de Extremadura,” por tener la mente fija en un hermoso chorizon que pensaba cenarse.

—Tú, Juanillo—le decian sus compañeros—no has de hacer carrera miéntras te entregues en cuerpo y alma á la glotonería.

—¡Bah! ¿y qué me importa la carrera, que, de todos modos, me ha de llevar de patitas á la tumba? Por lo demas, ¿para qué la necesito? Tengo un regular patrimonio, y él me servirá para pasar bien la vida. Gozo yo más con un pavo relleno, que vosotros con vuestras Partidas y Digesto, que no sé cómo no os causa indigestion.

Dudando Juanillo de todo, descubrió, sin embargo, una gran verdad: que el abuso y los excesos acaban por producir un mal positivo. Con la frecuencia y el recargo de golosinas, sus funciones gástricas se perturbaban, cesó la voracidad, todo su sistema languideció, y acabaron sus goces gastronómicos.

Procuró encontrar distraccion y otra clase de placeres en el estudio; pero ya habia perdido su hábito, hallaba largas y cansadas las disertaciones científicas, y concluia por dormirse sobre el libro, soñando siempre con asados, confituras y *budines*, y que se bañaba en un rio de aromático y espumoso vino.

Su triste despertar le hacia ver que todo era mentira, y que sólo prevalecia una desconsoladora realidad: el malestar y la languidez de su estómago estragado.

—¡Esto no es vivir!—clamaba lamentándose—la sola verdad y el único goce que constituían mi creencia, han desaparecido. Dicen que hay goces del espíritu.... pero los que tal aseguran, son locos ó maniáticos que se conforman con las ilusiones de su imaginación..... Por desgracia la luz de mi pensamiento descubre todo lo que hay de mísero y deleznable en las cosas de este mundo, y no pueden servirme de consuelo esas fantasmagorías que llaman goces espirituales. ¡Qué triste cosa es que todo sea mentira en la tierra!

Juanillo, exaltado por estas ideas, había dicho en voz alta las últimas frases de su monólogo. Esto pasaba en un sitio público, donde el filósofo en ciernes había acudido, por ver si con el aire libre se regeneraba su agotado sistema gástrico.

Un anciano venerable, de blancos cabellos, de rostro apacible que denotaba todavía el vigor y la buena salud, oyendo el final del extraño monólogo, se detuvo y dijo á Juanillo:

—Jóven, estás en un lamentable error: hay muchas verdades consoladoras en la tierra.

—Si es que existen, no he llegado á encontrarlas; y en ese caso, ya verá usted que para mí es como si no existiesen.

—Será porque has extraviado tu senda.

—He seguido la que me ha marcado el destino.

—¡El destino! palabra hueca á la que apelan los descreídos fatalistas ó los culpables. La suerte del hombre, es la que él mismo se labra con su modo de obrar.

—Yo he obrado conforme á mis instintos naturales; y por cierto que no ha estado en mi arbitrio escoger esos instintos: la naturaleza me los ha dado.

—Error sobre error: la naturaleza produce siempre seres formados para el bien; todos cumplen su misión, y sólo el hombre se aparta de ella, extraviado por sus vicios ó sus pasiones.

—Luego esos vicios y pasiones no son innatos en el hombre?

—No lo son; provienen de malos ejemplos, de mala educación, que pervierten el criterio y los sentimientos.

—Tal vez sea cierto; mas en todo caso, es tarde ya para que los míos se reformen.

—No lo es, si pones en ello todo tu empeño.

—Sólo las pruebas tangibles servirían quizá para el objeto, y yo no las encuentro.

—Las pruebas están en las consoladoras verdades que tú niegas. No las busques en el bullicio del mundo, ni en el desorden de los festines, ni en los placeres que sólo halagan los sentidos: búscalas en otras serenas regiones, donde reinen la paz, la quietud del espíritu y las puras afecciones del corazón.

Y diciendo esto, el anciano prosiguió su camino.

II

—Vamos pues—dijose Juanillo—en busca de las verdades que ese cándido anciano me asegura que existen. Yo no lo creo, y será trabajo perdido..... pero

en fin, siquiera así tendrá un objeto mi vida, y este correr en pos de una ilusión, me servirá para distraer el fastidioso hastío que me va invadiendo.

Y dicho y hecho: el joven formó su hatillo, y con algunas monedas que le quedaban de su mensualidad, y otra cantidad que supo conseguir del corresponsal de su padre, emprendió el primer camino que se le puso delante.

Al fin del día llegó á una venta, y sintiéndose rendido de cansancio, se resolvió á pasar allí la noche.

Sus nuevas ideas y la delicadeza de su estómago sólo le habían permitido hacer un ligerísimo almuerzo, por lo cual se sentía hambriento como en sus buenos tiempos.

Un sólo comensal había en la venta, ocupado en saborear un pedazo de queso, algunas patatas y un vaso de vino.

El aspecto de aquel hombre era como de gente de vida airada; teniendo mucho de socarrón y de truhanesco.

Juanillo ocupó un lugar inmediato, y pidió al ventero lo mejor que en comestibles tuviese.

—Al momento voy á servir á usted—respondióle—tengo un magnífico queso de Rochefort, unas lindísimas patatas, y un vino que no se toma mejor en las cuevas del rey.

—¿Y no tiene usted más que eso?

—¿Y le parece á usted poco?..... Añadirémos todavía algo de manteca fresca.

—Allí en ese aparador veo un pavo asado: sírvame usted un buen trozo.

—¡Imposible! ese pavo pertenece á la comida que estoy preparando para un gran personaje que ha de venir mañana.

Juanillo, pues, tuvo que conformarse, mal de su grado, con lo único que había disponible.

Una sonrisa burlona plegó los labios del desconocido al ver la contrariedad del joven.

—Es usted mal viajero—díjole—y si la caminata es larga, no será ésta la última desazon que encuentre, porque no todo es vida y dulzura en estos ventorrillos.

—Ya lo veo, y de ello me lamento.

—Y sin que sea indiscreción, ¿se puede saber á dónde va usted?

—Voy en busca de la verdad—dijo muy formal Juanillo.

—¡Ja, ja! ¿en busca de la verdad?..... Esa es una pretensión que sólo cabe en cabezas inexpertas y locas.

—Luego usted cree que no existe?

—Existen no sólo una, sino muchas verdades; lo que sucede es que éstas son relativas, como todo lo de este mundo; es decir, la verdad en todas las cosas es, no según nuestros deseos, sino conforme á la naturaleza de aquellas; y de ahí resulta que nos juzguemos engañados por el mundo, cuando realmente nosotros mismos nos engañamos. No hay más sino tender la vista en nuestro derredor, para encontrarnos con multitud de verdades: que imperan el vicio, la hipocresía y las

pasiones, y que la lealtad, la virtud y la caridad han desaparecido, ó son muy raras; que la amistad es falsa, en muchos casos; el amor al prójimo, nulo, y los exagerados progresos de la humanidad ilusorios, son verdades innegables que á cada paso encontraremos..... así como es verdad que este maldito ventero nos ha dado una mala comida, y que nos quedaremos sin probar ese rico y apetitoso pavo, porque no somos altos personajes, ó porque nuestro bolsillo no puede pagarlo á peso de oro. Conque ¿á qué afanarse por correr tras otra verdad fabulosa, cuando á nuestro derredor tenemos tantas?

—Pero todo eso que cita usted son verdades desconsoladoras. Yo voy en pos de aquella que pueda halagarme, dando paz á mi ánimo y regenerando mis ideas.

—Pues ya pronostico que hará usted muy largo camino ántes de encontrarla.

Juanillo pidió un aposento donde pasar la noche, y destináronle uno contiguo á la pieza en que tuvo lugar la anterior conversacion. Durmióse pronto; mas sin duda el demonio de la gula se propuso tentarle, y lo despertó á deshoras, haciéndole sentir las punzadas de su voraz apetito.

Inspirado por él, se puso á filosofar á su manera.

—El mundo es un palenque—se decia—en que el más fuerte ó el más astuto sale vencedor ó ganancioso..... En la lucha por la vida, debe uno armarse de energía y vencer los obstáculos..... Yo he pedido con

súplica algo de ese pavo cuyo rico olor tengo aún en las narices, y se me ha negado; pues tomémoslo, ¡qué diablo!..... esto no es un robo, puesto que me propongo pagar lo que coma..... Vamos pues..... pelillos á la mar!

Y diciendo y haciendo, Juanillo levantóse en paños menores, procurando no hacer ruido. Abrió su puerta, y encaminóse á tientas al armario en que estaba el objeto de su nocturno merodeo.

Le parecía la cosa más natural del mundo ir á comer cuando tenía hambre; y sin embargo, á cada paso que daba le latía el corazón como si fuese á perpetrar un crimen. Era la conciencia, ese juez inexorable de los humanos, que siempre avisa cuando se comete una mala accion.

Vacilando muchas veces, y palpando aquí y allá para no extraviar su camino, llegó por fin Juanillo cerca del suspirado armario. Con mano trémula desenganchó su aldaba y entreabrió su puerta. Diéronle entonces con más fuerza en la nariz las perfumadas emanaciones de la golosina, y esto sirvió para infundirle valor y quitarle toda prudencia. Ya que no tenía á mano instrumento cortante, hundió sus uñas en la suave lonja, procurando arrancar un gran trozo del ave asaltada.

No tuvo tiempo de llevar la lonja á sus ya abiertas fauces: una especie de garra poderosa asió las faldas de su camisa que ondeaba libre, y le tiró con fuerza. Juanillo, espantado y aturdido, afianzóse, para no caer, de la fuente en que estaba el pavo, y ésta vino al sue-

lo con pavoroso estruendo. El merodeador lanzó un grito, y haciendo un desesperado esfuerzo para liberarse de aquella cosa que le aprisionaba, huyó á su cuarto, dejando gran parte de su camisa entre las garras de aquel demonio rugiente.

Alborotóse la casa: salió el ventero, casi desnudo, con luz en una mano, y un machete en la otra; siguió-le su mujer, toda temblando, y con no muy decente vestimenta; miéntras el huésped de que he hablado, y que dormía en un gabinete contiguo, exclamaba furioso:

—¡Qué demonio de alharaca es esa, que le quita á uno el sueño! ¡Ventero de mis pecados! mereces que no te pague tu mal alojamiento..... ¡Reniego de todos los de tu calaña!

Entretanto, el apostrofado ventero gritaba azorado:

—¿Qué es lo que aquí pasa?..... ¡Ladrones!..... ¡Socorro!.....

Alumbrando luego el teatro del estrago, lo primero que vieron sus ojos fué el desgraciado guiso regado por el suelo, y la fuente que lo contenía rota en mil pedazos.

—¡Horror! ¡Aquí ha entrado una cuadrilla de bandidos!

Aunque con recelo, y no apartándose de su mujer, dirigió sus pesquisas á otro lado.

Allá en un rincón, una especie de demonio negro y con ojos relucientes, gruñía roncamente, ocupándose en destrozar con sus dientes un giron de lienzo.

—¿Cuánto apostamos—dijo la mujer—á que este condenado Sultan es el que ha hecho tanta avería?

—Ni por pienso. Ya sabes que siempre quedan á su alcance los guisos y la carne fresca, y nunca los toca. Está muy bien educado.

—Pues entónces, por fuerza ha entrado aquí algun extraño.

—Eso lo vamos á ver!—dijo el ventero envalentándose, y procurando darse bríos, aunque no movía un pié, ni se apartaba de su mujer.

—¡No te espongas, maridito mio, porque yo no sobreviviré á una desgracia que te suceda!

Entretanto, el llamado Sultan, que era un hermoso perro de Terranova, al ver á sus amos suspendió su destrozo, y ladrando dirigióse al aposento de Juanillo, cuya puerta embistió y arañó.

—Mira, mujer, cómo el Sultan nos indica quién fué el autor de esta avería..... ¡ese maldito y hambriento monigote, á quien no debía yo haber admitido en mi casa, y á quien voy á moler las costillas á palos!

Y perdiendo el miedo, por saber ya á qué atenerse, abrió á empellones la puerta, y penetró en el aposento.

Sultan lanzóse tras él, gruñendo y ladrando.

Juanillo había desaparecido. En cuanto vió que el asunto se ponía grave, y al oír las amenazas del ventero, tomó á toda prisa su hatillo y su ropa, que no tuvo tiempo de ponerse; saltó por una ventana que daba á un corral, salvó tambien la cerca de éste, y se lanzó al campo.

Y allá fué, corre que corre, saltando zanjas y breñales, sudando de fatiga, destrozándose los piés, y con los últimos girones de su camisa ondeando al viento como banderola desgarrada.

III

Largo y cansado seria contar á ustedes todos los percances semejantes que pasaron á Juanillo por su imprudente glotonería. Aunque las funciones de su estómago estaban ya casi muertas, no así el apetito de la idea: le sucedía como á aquellos beodos que, hartos de vino, piden todavía más, aun cuando les cause asco.

A esto contribuía también el desaliento que sentía por no haber hallado aún algunas de las verdades consoladoras en pos de las cuales iba. Por todas partes se le figuraba ver engaños, falsías, deslealtades y una guerra hipócrita que se hacían mutuamente los humanos.

Sin averiguar nosotros si en esto tenía ó no razón, considerámoslo como causa para que se entregara, con ideales apetitos, á su único placer que era la gula.

Después de haber recorrido varios pueblecillos, llegó, al principiar una tarde hermosa y serena, á una arboleda cuya sombra y frescura incitaban á detenerse en aquel lugar ameno. Hízolo así Juanillo, sentándose en el césped y reclinándose en el grueso tronco de un árbol.

Poco rato hacia que estaba allí, cuando escuchó voces cercanas, y al parecer mujeriles. Las palabras lle-

gaban distintamente á su oído, y poco á poco fué interesándose en la conversacion que oía.

—¿Conque es cosa resuelta tu matrimonio, Hermelinda?—decía una de las voces.

—Sí, Felisa; dentro de quince días seré esposa de D. Jaime.

—¡Quién lo hubiera creído! Se decía que tus antiguos amores con Fernando serían gran obstáculo para esta boda.

—¡Qué quieres! mi padre así lo ha dispuesto, y yo me he dejado convencer, porque al fin y al cabo, una necesita cierta posición en el mundo, y atender al porvenir.....

—¡Como que el tal D. Jaime Canillejas es millonario, y cuentan que apalea el dinero! Un solo defecto tiene para marido: sus sesenta y pico de años.....

—Quién sabe si eso sea una cualidad favorable á la esposa.....

—¡Cómo!..... á ver, explícate.

—Escucha, Felisa: tú eres mi amiga de corazón, y no debo tener secretos para tí. Yo no he dejado de amar á Fernando; pero tal guerra hicieron á nuestros amores, y tanto me instó mi padre, no sólo con súplicas y consejos, sino hasta con duros mandatos, que he cedido para conjurar esta tempestad, y..... al resignarme á este matrimonio, me queda una esperanza.

—¿Y cuál es?

—Una esperanza terrible..... No me considero infame al abrirla, puesto que he sido impelida y estre-

chada á obrar de cierto modo, y no pueden echarme en cara que me aferre á ella como á tabla salvadora. Don Jaime es anciano..... no ha de durar mucho y..... yo quedaré libre y rica!.....

—¡Ah! con razon dices que es una esperanza terrible!..... ¿Y él.....

Juanillo no pudo escuchar más, porque las dos amigas se alejaron.

—Hé aquí—dijo miéntras plegaba sus labios irónica sonrisa—hé aquí las verdades que voy descubriendo. Esta damisela engaña de antemano al que va á ser su esposo: tampoco ama al otro, puesto que le es infiel vendiéndose por oro. ¡No hay amor verdadero en la tierra!

Juanillo prosiguió su camino, desalentado, pero consolándose con la idea de que al llegar á alguna posada se regalaría con unas buenas magras y otras golosinas.

Iba ya á salir de aquella extensa arboleda; pero oyó voces varoniles, y la curiosidad le hizo detenerse.

—Vamos á ver—se dijo—si aquí encuentro alguna verdad provechosa.

Una voz algo cascada decia:

—Me alegro de que no en vano haya yo apelado á tu amistad; y quedo tranquilo acerca del punto que hemos tratado.

—Ya dije á usted y le repito, que no debe temer nuevas pretensiones mías acerca de Hermelinda. Eso acabó para mí.

—Me fio de tí, Fernando; de tí á quien conozco des-

de niño, y cuyo padre fué, no diré mi protegido, sino mi mejor amigo.

—Y hace usted bien, D. Jaime, porque yo no seria capaz de engañarle.

—Me has quitado un gran peso de encima. Gracias, hombre; y ya sabes que puedes contar conmigo, en cuanto pueda servirte.

—Lo agradezco mucho.

—Queda con Dios, hombre.

—Él acompañe á usted, D. Jaime.

Cesaron las voces, y Juanillo oyó sólo unos pasos tardos sobre las hojas secas. Despues de un rato, escuchó estas palabras:

—¡Viejo imbécil!..... ¡Olvidar yo á Hermelinda! ántes la arrancaria del mismo tálamo!..... Pero ha sido preciso engañarle y esperar mejores tiempos para mis proyectos..... cuento en todo caso con ella..... ¡Pobre marido!.....

—¡Oh!—dijose Juanillo—éste tambien engaña desde ahora al presunto é infeliz marido, no deteniéndole la consideracion de que fué protector de su padre, y de que ha apelado á su amistad para que le hable con franqueza. ¡Qué divertidas verdades voy descubriendo! ¡Tampoco hay en el mundo gratitud ni amistad verdaderas!

Juanillo pasó la noche en el pueblo que pronto iba á ser teatro del desgraciado himeneo, y á otro dia muy tempranito emprendió de nuevo su camino.

—¡Ea!—dijo para sí—ésta va á ser mi última jorna-

da: cansado estoy de buscar en vano esa verdad escondida, tras la que vengo corriendo. Si en esta vez no la encuentro, me volveré á mi pueblo, confirmada mi convicción de que nada hay bueno en las realidades de la tierra.

Camina y camina, con su hatillo al hombro y su baston sirviéndole de apoyo, anduvo Juanillo toda la mañana, y hácia mediodía avistó una gran ciudad. Apresuró el paso para llegar á ella; pero el sol le abrasaba, y procuró buscar un sitio en que hubiese sombra. No muy léjos vió una especie de jardín cercado, y á él se dirigió, encontrando por fortuna abierta la puerta. Al penetrar allí, reconoció que estaba en un cementerio, segun lo demostraban los monumentos y cruces que cubrían las tumbas, sombreadas por frondosos árboles.

Sentóse el jóven viajero en un lugar en que disfrutaba sombra y frescura. Ambas cosas, unidas al majestuoso silencio que allí reinaba, incitaban á melancólico reposo.

Una tos débil y cascada indicó á Juanillo que además de él, habia otro humano viviente en aquel recinto. Era un anciano que parecia ser el sepulturero.

Al extender el jóven la vista por aquellos alrededores vió un bulto negro y encorvado, que estaba inmóvil junto á uno de los sepulcros. Largo tiempo permaneció así; y aquella insistencia y aquel mudo homenaje á un muerto, llamaron la atención de Juanillo.

Dirigióse á donde estaba el sepulturero, y le dijo:

—Soy un viajero que ando recorriendo el mundo en busca de la verdad, y al llegar aquí y ver á usted, he creído que su experiencia y sus consejos pueden darme mucha luz acerca de lo que busco.

—Muy niño eres aún—respondió el anciano—para que puedas conocer muchas verdades..... mas para tu objeto, no podías haberte dirigido á mejor sitio que éste. Mira—añadió señalando la entrada—sobre aquella puerta están unas palabras latinas que yo no entiendo, pero me han explicado que quieren decir, en nuestro lenguaje: *Este es el lugar de la verdad.*

—Será eso muy cierto, mas aquí no la descubren mis ojos, como no la han visto en otras partes..... Sólo he encontrado engaños, disimulos, hipocresías y maldades.

—Ven acá, pues, y yo te enseñaré lo que deseas.

Diciendo así, llevólo á un sitio desde donde podían distinguir aquel bulto negro que habia llamado la atención de Juanillo.

—Mira—dijo el anciano—aquella es una madre que llora á su hijo..... y lo llora, no de ayer acá: cerca de dos años hace que está el muerto en su fosa; y aunque haga sol ardoroso ó caiga abundante lluvia, aunque nieve ó truene, siempre la madre está allí, en dias fijos, exacta como un reloj, amorosa y doliente como el primer dia. ¿No son una hermosa verdad el eterno amor y el eterno duelo de esa madre?

—Sí, confieso que es una consoladora excepcion.

—¡Excepcion! Jóven, no juzgues tan mal de la hu-

manidad. Mira este sepulcro cuya losa está ornada de flores todavía frescas. Esas flores las repone constantemente la que fué prometida del muerto..... y quizá no se secan tan pronto, porque viene con frecuencia á regarlas con sus lágrimas. Y de esto hace ya más de un año. ¿No es esto una hermosa constancia?..... Mira ese otro sepulcro, sobre cuya cruz hay enlazada una corona de miosotis y siempreviva: ella es el símbolo tierno y sagrado de amistad que dura aun más allá de la tumba. El amigo vivo viene de tiempo en tiempo á renovar esa corona, y á visitar y conversar con el amigo muerto..... y esto sucede hace tres años! ¿No es ésta una hermosa y sublime amistad?..... Y estos hechos no están constituidos sólo en un acto pasajero ni en un recuerdo que se embota: estos hechos indican que hubo otros en la vida de esos seres que ha separado la tumba. Esa madre, esa novia, ese amigo, nos revelan la larga historia de amor y de complacencias que efectuaron con los que hoy están muertos. ¡Qué de dulzuras, qué de cariñosas correspondencias, qué de goces mútuos, en que se extremaban los afectos y se ponían en práctica las virtudes de la lealtad, de la abnegacion y del sacrificio!..... ¿No crees que todo esto sean hermosas y consoladoras verdades, cuyo teatro fué el mundo, y cuyo bello epílogo se encuentra junto á las tumbas?

—Tiene usted razon—dijo Juanillo, pensativo y conmovido.

Luego, llevado de irresistible expansion, contó al an-

ciano su vida, sus desengaños, sus ideas escépticas, fruto de las cuales fué su feo vicio de la gula, y concluyó por confesarle que, en vista de aquellas verdades, se sentía consolado y regenerado.

Todavía siguieron en larga plática; y al despedirse Juanillo del anciano, éste le dijo:

—No lo olvides, jónen: el que sólo se entrega á apetitos materiales, se asemeja á los brutos, y adquiere vicios repugnantes, uno de los cuales es la gula. ¡Feliz aquel que cree en el amor, en la lealtad, en la desinteresada amistad, y en otras virtudes, que son verdades consoladoras en esta vida!